Mis libros

DE LA PELÍCULA

Disney · PIXAR

SOUL

+10

La novela

DE LA PELÍCULA

Disney · PIXAR

SOUL

La novela

Adaptación de Tenny Nellson

LIBROS Disney

Uno

Joe Gardner no era alguien que llamara la atención. Al menos, no al principio. Era alto pero sosegado, con un bigote fino y una sonrisa tímida. Llevaba unas gafas con una pesada montura negra. Tenía cuarenta y seis años, y su pelo se estaba empezando a poner canoso. No le preocupaba mucho la ropa, así que su armario estaba formado sobre todo por pantalones y jerséis negros de cuello de cisne.

Nadie que acabara de conocer a Joe podría adivinar que, en ese pecho, su corazón latía con una pasión ardiente, un fuego que solo se encendía por una cosa.

Joe adoraba el jazz.

Se había enamorado de esa música a los doce años. Desde entonces, había dedicado su vida a la música: a escucharla, estudiarla y tocarla. El jazz era lo primero

en lo que pensaba al levantarse por la mañana. Y, por la noche, se acostaba con *riffs* y codas dándole vueltas en la cabeza.

Para Joe, lo increíble del jazz, lo que hacía que no envejeciera, era que hubiera tantas formas de tocarlo. Y todas esas formas te hacían sentir algo distinto. El jazz podía ser valiente y decidido. O divertido. O melancólico. Había jazz que te hacía sentir que tocabas el cielo con las manos. Y, cuando tenías el ánimo por los suelos, el jazz podía ser un bálsamo para el alma.

También había ese tipo de jazz que te hacía sentir como si te hubiera atropellado un camión de la basura. Es decir, el jazz que tocaba la banda de un instituto.

Por desgracia, Joe estaba profundamente familiarizado con esta variedad.

Un viernes por la mañana de finales de otoño, Joe estaba en el podio del aula de música del Instituto M. S. 70. Armado únicamente con la batuta del director, tenía el valor de intentar sacar algo de armonía del ruido que atacaba a sus oídos.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Seguid el ritmo! ¡Dos, tres, cuatro! —gritó Joe, moviendo la batuta en vano. Casi no se lo oía por los pitidos y chillidos de los instrumentos de viento—. ¡Eso es un do sostenido, vientos!

¡Crash! Una trombonista tiró su atril al suelo. El trompetista que tenía al lado estaba tan repantingado que parecía que tocara sobre el ombligo. Uno de los saxofonistas parecía tocar una canción equivocada, probablemente porque estaba prestando más atención a su móvil que a la partitura.

Joe se volvió hacia Connie, una trombonista bajita que estaba en la primera fila. Era su última esperanza.

—Toda tuya, Connie. ¡Dale caña!

Connie levantó el trombón, se lo llevó a los labios y empezó su solo. Las notas se oían claras y fuertes por encima de la cacofonía. Cerró los ojos, balanceándose mientras tocaba.

Joe sonrió. Muy de vez en cuando, aparecía un estudiante que hacía que dar clase casi valiera la pena. Connie era una de esas estudiantes. Era buena.

Pero, entonces, los demás chicos se empezaron a reír. Joe oía sus risitas rebotando por el aula.

Connie también los oyó. Pareció marchitarse en la silla. Falló notas.

—¡Un momento, un momento! —gritó Joe. Dio un golpecito en el atril con la batuta. Tras unos pitidos y chillidos, la música se acabó parando.

—¿De qué os reís? —preguntó Joe, serio.

Los estudiantes lo observaban sin expresión en la mirada.

—Connie estaba absorta en la música. Eso es bueno. —Joe fue andando hasta el piano. Sin dejar de hablar, empezó a tocar—. Me acuerdo de una vez que mi padre me llevó a un club de jazz. Era el último sitio al que yo quería ir. Pero, entonces, vi a ese tío tocando el piano… —Joe pasó la mano por las teclas, improvisando—. Era como si estuviera cantando. Y os juro que lo siguiente que recuerdo es que era como si ese tío flotara por encima del escenario. Estaba absorto en la música. Se había metido en la música y nos había llevado con él. Yo quería aprender a hablar como él. En ese momento, supe que yo había nacido para tocar. —Acabó con una floritura y se dio la vuelta para mirar a sus estudiantes—. Connie sabe a qué me refiero, ¿verdad, Connie?

Connie se encogió en la silla. Quería que se la tragara la tierra.

—Tengo doce años —dijo.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió el momento.

—Ahora vuelvo. Practicad las escalas —dijo Joe a la clase.

Salió al pasillo. Era la señora Arroyo, la directora del instituto.

—Perdone la interrupción, señor Gardner —dijo—, quería darle las buenas noticias en persona.

Le tendió una carta.

Joe la abrió y echó un vistazo a lo que decía. Se quedó de piedra al darse cuenta de que era una oferta de trabajo a jornada completa. La primera de su vida.

—Se acabó la media jornada para usted —dijo la directora, sonriente—. Por fin han limpiado lo suficiente el presupuesto. ¡Ya es nuestro profesor de la banda a tiempo completo! Seguridad en el trabajo. Subsidio médico. Pensión. —Miraba a Joe con expectación.

—¡Vaya! Es… estupendo —consiguió decir Joe.

La directora Arroyo le tendió una mano para que Joe se la estrechara.

—Bienvenido a la familia M. S. 74, Joe. Para siempre.

Joe se obligó a sí mismo a sonreír.

«Para siempre.» Joe no dejó de dar vueltas a esa idea durante aquella mañana. Sabía que debería alegrarse. Casi no llegaba a fin de mes con el sueldo de media jornada. Ese puesto entrañaría un gran cambio para él.

Pero aquel trabajo en M. S. 70 se suponía que iba a ser temporal, solo era algo para ir tirando hasta conseguir su gran oportunidad. Lo único que quería Joe era tocar música fabulosa, y no solo para un montón de estudiantes de secundaria medio dormidos.

Después de acabar la clase de aquel día, Joe todavía tenía dudas. Decidió ir a ver a su madre. Quizá le podría dar algún consejo. Además, Joe tenía que hacer la colada.

Libba Gardner tenía un pequeño taller de costura en Queens (Nueva York). Era una mujer alta y elegante de sesenta y pico años con pelo corto y canoso y tenía los pies en la tierra. Mientras Joe doblaba su colada, le contó la oferta de trabajo que le habían hecho.

—Después de todos estos años, ¡mis oraciones han sido escuchadas! ¡Un trabajo a jornada completa! —exclamó Libba, juntando las manos.

—Sí —dijo Joe, con pesar.

Su madre lo miró con una expresión seria.

—Le vas a decir que sí, ¿verdad?

—No te preocupes, mamá —dijo Joe—. Tengo un plan.

Libba frunció los labios como si acabara de chupar un limón.

—Tú siempre tienes un plan. Quizá lo que necesitas es tener un plan B para cuando el plan falla.

Joe no sabía por qué estaba tan sorprendido. Su madre nunca había apoyado sus decisiones profesionales. ¿Por qué había pensado que esta vez iba a ser diferente?

Libba suspiró.

—Joey —dijo, con voz más suave—, no nos esforzamos por darte estudios para que pudieras ser un hombre de mediana edad que lava la ropa interior en mi taller.

—Sí. Pero, mamá… —empezó a decir Joe.

Libba lo cortó.

—Con este trabajo, por fin podrás dejar atrás los bolos sin futuro.

—Sí, pero…

—Fíjate —continuó Libba—, tocar música por fin será tu carrera de verdad. O sea, que les vas a decir que sí, ¿verdad?

Joe abrió la boca para protestar. Y, luego, la cerró.

Sabía que nada de lo que pudiera decir iba a hacer que su madre cambiara de opinión.

Y quizá ella tuviera razón. Puede que aquel trabajo fuera realmente la mejor carrera que él podía esperar.

Joe soltó un largo suspiro. Después, asintió.

—Sí.

—Bien.

Libba parecía satisfecha.

Bzzzz. El móvil de Joe le vibró en el bolsillo. Lo sacó y vio un número que no le sonaba.

—¿Diga?

—¿Qué tal, señor G? —dijo una voz que Joe reconoció, pero que no situaba—. Soy Curley. Lamont. Lamont Baker.

—¡Curley! —Joe se sorprendió de que le llamara un antiguo estudiante. Había pasado, ¿cuánto? Como mínimo diez años desde que Curley había acabado la secundaria—. ¡Hola! ¿Cómo te va?

—Genial, señor Gardner.

Joe se rio.

—Me puedes llamar Joe. Ya no soy tu profesor.

—De acuerdo, señor Gardner. Eh, mire —dijo Curley, yendo al grano—, soy el nuevo batería del cuarteto de Dorothea Williams y vamos a empezar la

gira con un concierto en The Half Note hoy por la noche…

—¡¿Dorothea Williams?! —chilló Joe—. Estás de broma. ¡Felicidades! ¡Qué pasada! Yo me moriría feliz si pudiera tocar con ella.

—Bueno —contestó Curley—, puede que hoy sea su día de suerte…

Poco después, Joe colgó el teléfono. El corazón le latía con fuerza.

«¡Dorothea Williams! ¡Voy a hacer una prueba para la mismísima Dorothea Williams!»

Dorothea Williams era una de las mejores saxofonistas vivas, una reina del mundo del jazz de Nueva York. La oportunidad de tocar con un músico como ella solo se daba una vez en la vida.

Joe dio una excusa rápida a Libba y salió enseguida. Se dirigió al metro que lo llevaría al West Village, donde estaba The Half Note.

Veinte minutos después, Joe subió corriendo hasta un edificio de ladrillos verdes que tenía una marquesina roja en la puerta. Una vez dentro, se detuvo para

coger aire. Barrió con la mirada las fotografías en blanco y negro que revestían las paredes de la escalera que bajaba hasta el club. Todos los héroes de Joe estaban allí: Duke Ellington, John Coltrane, Miles Davis, Ella Fitzgerald, Thelonious Monk, Ornette Coleman, Dizzy Gillespie, Charlie Parker, Bill Evans. Y muchos otros.

Y, ahora, había llegado el turno de Joe. Al menos, eso esperaba.

—¡Ahí está! ¡Mi hombre! —Curley estaba esperando a Joe al final de las escaleras. Estaba más alto y más fuerte que la última vez que Joe lo había visto y llevaba el pelo rapado a cero. Pero tenía la misma cara dulce y redonda que tenía a los trece años.

—Hola, Curley —dijo Joe, estrechándole la mano.

—Esto de que Leon no esté en la ciudad nos ha puesto en un aprieto —le contestó Curley.

—Ya me lo imagino. —Joe intentó parecer comprensivo, pero, por dentro, agradeció su buena suerte. Si alguna vez conocía a Leon, ¡lo invitaría a cenar para agradecerle aquella oportunidad!

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo Curley, acompañando a Joe al club.

Mientras los ojos de Joe se acostumbraban a la se-

mipenumbra, vio a Dorothea en el escenario, calentando con el saxo. Su silueta contra la cortina roja parecía tan majestuosa como una reina en el trono. Pero fue la música lo que hizo que Joe se parara en seco. El sonido que salía de su saxo era tan cálido y rico que se podía beber. Se quedó allí un momento, deslumbrado.

—Eh, Dorothea —dijo Curley—, este es el tío del que te he hablado. Mi antiguo profe de la banda de secundaria, ¡el señor Gardner!

—Llámeme Joe, Dorothea… Quiero decir, esto…, señora Williams. Es un placer. Qué pasada. Es increíble —dijo Joe, entusiasmado.

Dorothea bajó el saxofón. Se quedó mirando a Joe y le lanzó una mirada apreciativa. Se sumieron en un silencio extraño.

Para romperlo, Curley añadió:

—Joe es hijo de Ray Gardner.

—Así que… —dijo Dorothea por fin— ahora resulta que recurrimos a profesores de bandas de secundaria.

Joe miró a Curley, sintiéndose rechazado. ¿Significaba que ya le habían dado con la puerta en las narices? ¿Incluso antes de haber tocado?

—Sube aquí, profe —le ordenó Dorothea, levantándose de la silla—. No tenemos todo el día.

Joe subió al escenario de un salto. Apenas se había sentado al piano cuando Dorothea chasqueó los dedos.

—¿Qué… qué vamos a tocar? —preguntó Joe.

A modo de respuesta, Dorothea empezó a tocar. Curley y la bajista, Miho, una mujer esbelta con un fedora sobre un ojo, se añadieron sin perder el ritmo.

Joe tocó varios acordes, intentando seguirles y entender adónde iban. Tras algunos compases, cogió el ritmo y presionó las teclas con más fuerza. Dorothea se volvió hacia él y levantó una ceja, como diciendo «Todo tuyo. Muéstrame cómo tocas».

Joe respiró hondo. Cerró los ojos y empezó el solo. The Half Note, Dorothea y Curley se desdibujaron, quedando en un segundo plano. Solo existían Joe y el piano. Joe sentía que flotaba en un mar de música…

En algún momento, Joe se dio cuenta de que la sala se había quedado en silencio. Abrió los ojos. Dorothea, Curley y Miho lo miraban fijamente.

—Perdón. —Joe levantó las manos de las teclas, sintiendo que se ponía rojo—. Me he quedado abstraído.

—Joe Gardner —dijo Dorothea—. ¿Dónde te habías metido?

—Soy profesor de una banda de música de un instituto —contestó Joe—. Pero los fines de semana, yo…

—¿Tienes un traje? —lo interrumpió Dorothea. Cuando Joe dudó un momento, ella le ordenó—. Cómprate uno, profe. Uno bueno. Vuelve esta noche. La primera actuación es a las nueve. La prueba de sonido es a las siete. A ver cómo te va.

Joe sonrió. Por dentro, estaba dando volteretas. ¡Lo había conseguido! ¡Era el nuevo pianista del cuarteto de Dorothea Williams!